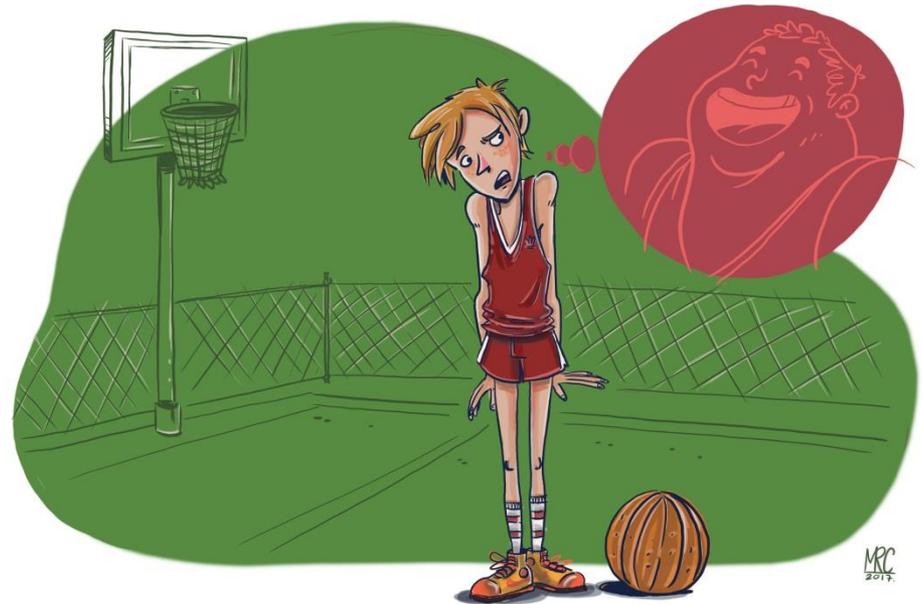


Piernas de bailarina



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: David Carretero

Tengo unas piernas perfectas. Unas piernas largas, modeladas y finas, sin un solo pelo a la vista. A pesar todo, mis piernas me han comportado muchos contratiempos. Me llamo Pepe, tengo trece años y esta es mi historia.

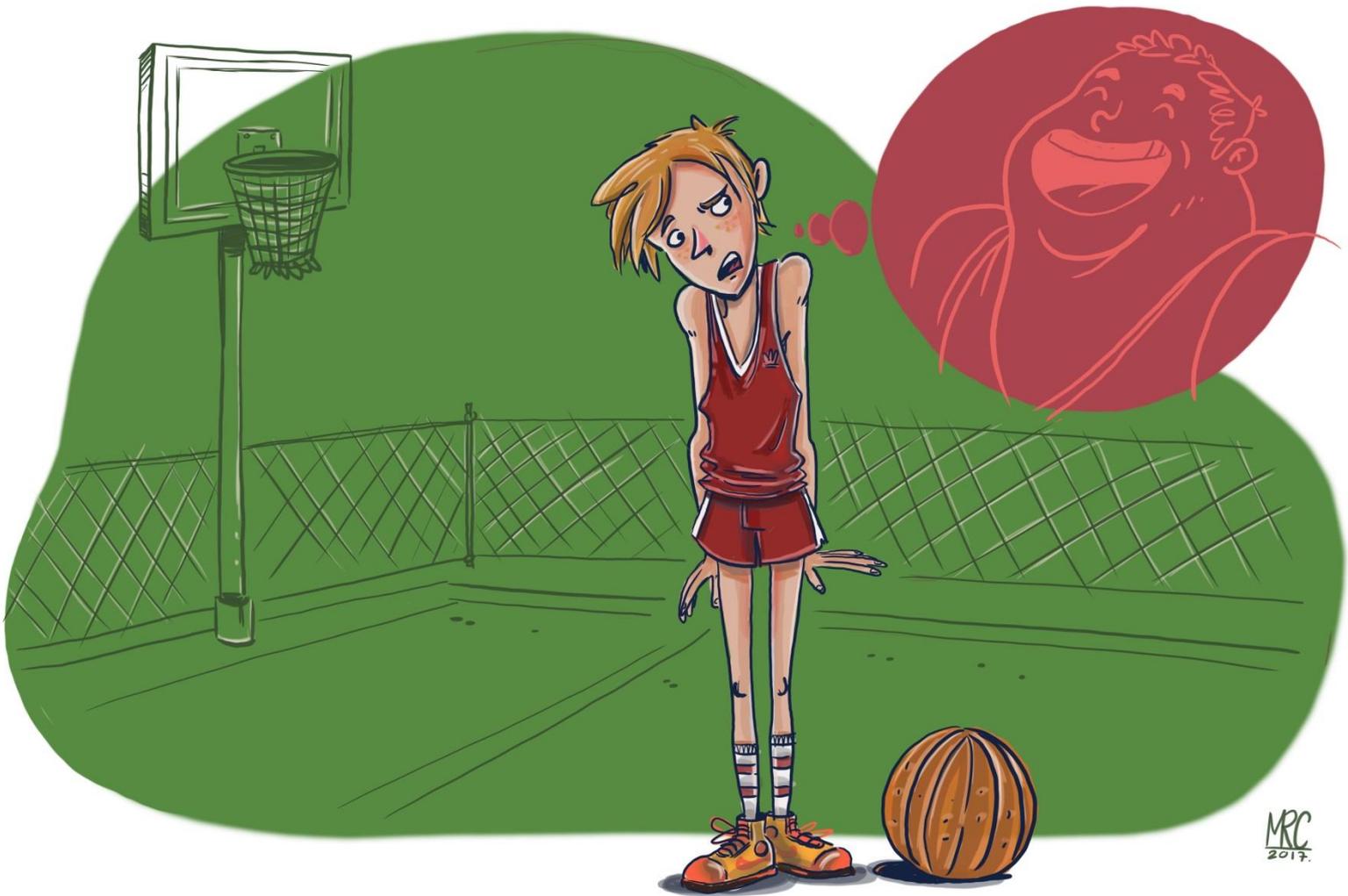
Me encanta jugar a baloncesto. Si pudiera, sería jugador. Cogería un avión y viajaría a Estados Unidos para entrenar mañana, tarde y noche, todos los días del año. Entrenaría incluso en Navidad, Reyes y hasta el día de mi cumpleaños, para llegar así a ser un gran jugador. Desde los seis años jugué en el equipo de la escuela, pero un día todo se torció. Por culpa de mis piernas... y un tal Miguel.

Fue un domingo, tras un partido. Habíamos ganado de poco y yo estaba tan contento que andaba cantando y bailando por el vestuario. Hacía el tonto, ¡estaba tan eufórico! Y todos se reían. Pero, de repente, Miguel me miró de arriba abajo y sonrió. Entonces soltó el comentario que lo cambió todo. “¿Os habéis fijado en las piernas de Pepe? Son iguales que las de mi hermana mayor... pero ella tiene dieciséis años ¡y es bailarina!”. Todos se echaron a reír, incluso yo, aunque la broma hizo nada de gracia. En realidad, aquello me sonó más a insulto que a broma porque estaba claro que Miguel quería dejarme en ridículo. Desde ese día, y sin poder luchar en contra, fui “la bailarina” del equipo. Y, amigos, tener un apodo como este cuando juegas a baloncesto... no es ninguna broma.

Abandoné el equipo, los entrenamientos y los partidos. De los ocho a los doce jugué a baloncesto yo solo, en la canasta del parque que había detrás de mi casa. También dejé de llevar pantalón corto y de ir a la piscina o a la playa con nadie que no fueran mis padres o mis hermanos.

Mis hermanos son mayores y nunca han tenido complejos. A pesar de que Javi tiene una oreja más salida que la otra. Y de que Juan es tan cabezón y tiene el cuerpo tan delgado que él mismo dice que parece un chupachup. A pesar que Martín calza un 47 y medio y bromea diciendo que sus pies siempre llegan antes que él. Pero a mí, todo eso, me daba igual. Yo miraba a mis hermanos y me parecían geniales. Me daba igual si tenían el culo grande, tres ojos o cinco orejas, ellos eran geniales y yo no. Por eso me avergonzaba de mis piernas. Y estaba convencido que nunca en la vida podría deshacerme de ese complejo.

Fue una de esas tardes de junio, de verano recién estrenado. Mis padres habían alquilado una casa en la montaña. Al lado había un bosque con una pequeña laguna donde mis hermanos y yo pasábamos el día en remojo. Desde ahí se divisaba un pueblecito en el que vivían más abuelos que niños. En el que vivía Frida. Frida también tenía trece años y conocía la laguna mucho mejor que nosotros, así que no tardé mucho en dar con ella. Aunque, en realidad, fue ella quien me encontró.

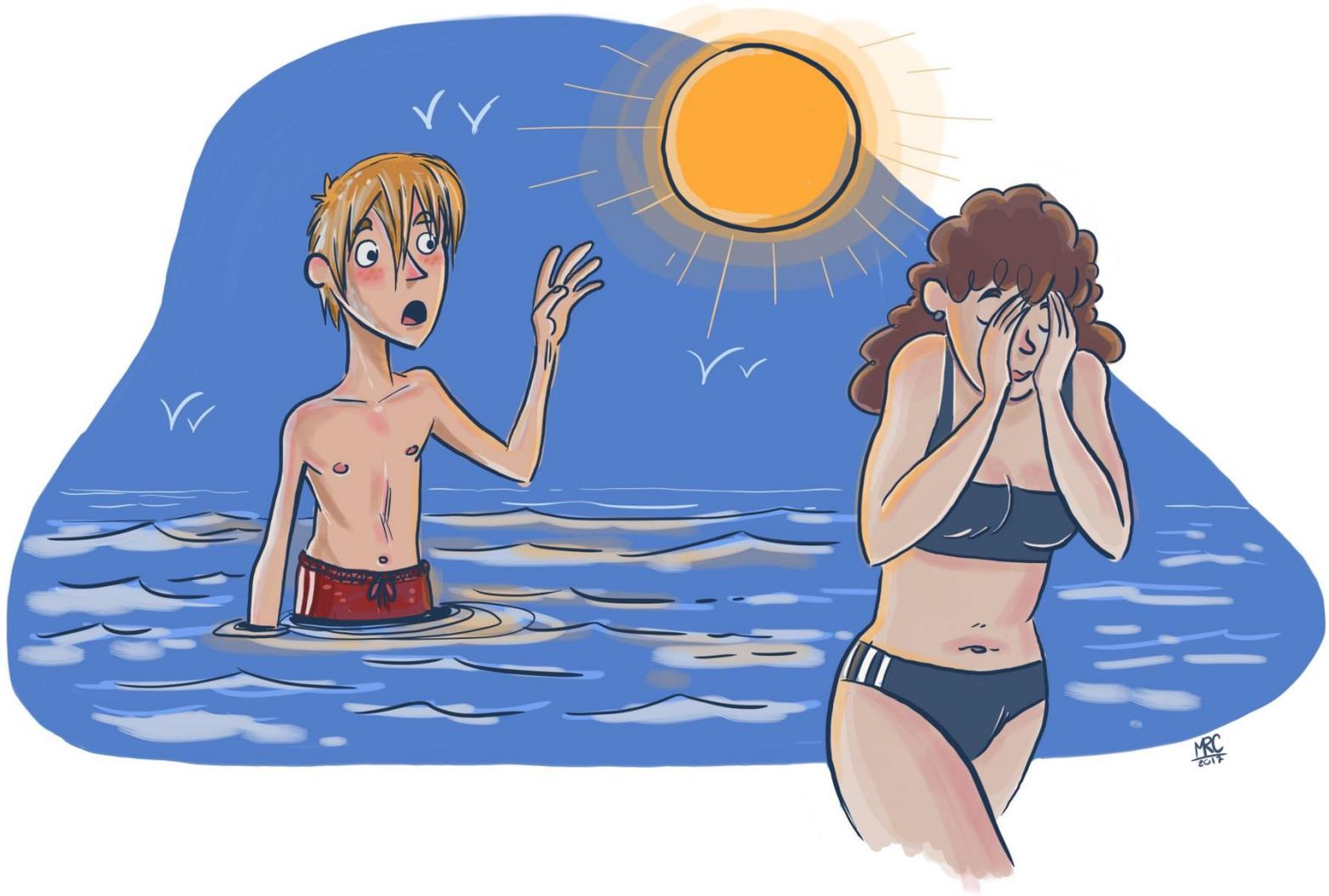


MRC
2017.

Estaba nadando, pensando en mis cosas, cuando oí que alguien llegaba. Me giré creyendo que sería alguno de mis hermanos, pero la vi a ella, quitándose la camiseta y saludándome con la mano, como si nos conociéramos de toda la vida. Dio un salto y, como un pez escurridizo, se deslizó por el agua hasta donde estaba yo. Emergió de golpe, salpicándome sin querer, sonriendo como si fuera la única cosa que se puede hacer en esta vida. Tenía las pestañas largas y los ojos muy oscuros, y un montón de pequitas sobre en la nariz.

Desde que sacó la cabeza del agua para coger aire, comenzó a hablar y no se calló en al menos tres minutos. Se presentó, me dijo lo que sabía de mí y lo que yo tenía que saber de ese lugar, y al rato se ve que ya éramos amigos porque me invitó a la verbena de San Pedro que celebraban en el pueblo esa misma noche. Frida era una explosión literal de alegría y me pareció absolutamente fascinante.

En esos tres minutos me enamoré completamente y para siempre. “¿Te gustan los caballos? Mi padre tiene tres, preciosos, muy buenos. ¿Has montado alguna vez? Te invito. Venga, vamos, salgamos del agua y vayamos a montar a caballo. O a darles comida, da igual. ¡Oh! ¡Ya lo tengo! ¡Vayamos a ver los caballos y luego te invito a merendar! ¿Te gustan las magdalenas de anís? Esta mañana he hecho magdalenas de anís y... bueno, no es por decir pero, me salen riquísimas!”. Mientras hablaba y hacía planes para esa tarde y para el verano entero, Frida salió del agua y empezó a secarse con la toalla. Yo la seguía, pero cuando noté que el agua me llegaba a la cintura tuve que parar. No quería que la chica de mi vida me viera las piernas. Qué ridículo. Qué vergüenza. Ella, sin dejar de hablar ni un solo segundo, se vistió y se giró hacia mí, preguntándome con la mirada por qué no había salido aún. “¿Qué pasa? ¿No quieres ir a ver los caballos? Igual te dan miedo... ¿O es que no te gustan las magdalenas de anís? Te puedo hacer pan con tomate, si lo prefieres...”.



Lo que más quería en el mundo era seguir a Frida hasta Saturno, hasta donde fuera preciso, pero me veía incapaz de caminar hasta la orilla. Incapaz de dejar mis piernas al descubierto. En ese momento me di cuenta que era más fuerte mi complejo que mi voluntad. Aquella certeza me aplastó como una piedra de mil quilos y me puse tan triste que no pude hacer más que arrancar a llorar. Mis piernas de bailarina volvían a limitar mis deseos. Nunca iba a ser feliz, con ese complejo tan grande. Y cuanto más claro lo veía, con más fuerza lloraba.

Frida se quedó muda. Se frotaba las manos, nerviosa. “¿He dicho algo que te haya molestado? Lo siento, a veces hablo y hablo y... Hablo demasiado. Todo el mundo me lo dice. No me callo, lo siento. Soy muy pesada, ya lo sé. Si tuviera la boca cerrada todos estarían más contentos. Disculpa, de verdad”. Los ojos de Frida dejaron de sonreír y, sin más, se despidió de mí. “Me alegra haberte conocido, Pepe. Pareces un chico muy majo. Pero ya estarás harto de oírme. Será mejor que me vaya”. Frida esbozó una sonrisa resignada y dio media vuelta, hacia el caminito, con la toalla en el hombro. Un segundo, dos segundos, tres...

... “¡Frida! No te vayas, por favor”, grité. Las palabras me salieron de la tripa. Aunque no sabía muy bien qué tenía que decir sí sabía que era preciso que dijera algo. Para disculparme, para consolarla, porque no quería perderla de vista ni un solo segundo en lo que quedaba de verano. “No te vayas. Tú no has hecho nada, es todo por mi culpa”. Afortunadamente, Frida se detuvo y me miró, curiosa. Pero, ¿cómo se lo podía explicar?

“Me gustaría mucho pasar la tarde contigo. Ir a la verbena. Y probar las magdalenas, de anís o de lo que sea”, le dije tan sinceramente como supe. “Entonces, ¿por qué lloras?”, me preguntó sin nada de malicia. “Porque no puedo salir del agua”, le respondí. Ella me contemplaba, pasmada. “¿Por qué no? ¿Es que tienes cola de sirena en lugar de piernas?”, continuó recuperando esa sonrisa tan amplia del principio. Imaginarme a mí mismo con cola de sirena me hizo reír. Me hizo reír mucho. “Y si tuviera cola de sirena... ¿qué?”, le pregunté siguiéndole la broma. “Bueno, eso explicaría que nades tan bien. Es lo primero que he pensado cuando te he visto, que eras un excelente nadador”.

Frida arrancó a hablar de nuevo, como si nada, como si todo volviera a empezar. “Yo no sé nadar muy bien. He aprendido un poco aquí, un poco allá... Pero en realidad no se me da muy bien. No tan bien como otros deportes, me refiero. ¿A ti te gusta el deporte? A mí mucho. Sobre todo el baloncesto. Me encanta el baloncesto...”. Y mientras Frida hablaba por los codos, yo me puse a caminar. Y salí del agua, sin miedo de nada. Cogí mi toalla y me sequé un poco el pelo.

Me puse la camiseta y ni me di cuenta que me dejaba el pantalón del chandal olvidado en el suelo. Si tenía piernas de bailarina o cola de sirena, de repente, me daba igual. Con Frida entendí que no debía centrar mi atención en complejos inútiles. A partir de ese instante entendí que tenía que focalizar toda mi energía en el verano que se me plantaba delante. “Me encanta el baloncesto”, le respondí, a Frida. “Si pudiera, sería jugador.

Cogería un avión y viajaría a Estados Unidos para entrenar mañana, tarde y noche, todos los días del año. Entrenaría incluso en Navidad, Reyes y hasta el día de mi cumpleaños, para llegar así a ser un gran jugador”. Frida pegó un bote, emocionada. “¡Tengo una canasta en el patio de mi casa! ¡Qué suerte haberte encontrado, Pepe!”, sonrió mientras cogíamos el camino hacia el pueblo. “¡Qué maravilla!”.

Y sí, ese fue un verano maravilloso, trepidante, revelador. Un verano en el que me deshice de complejos para agarrarme bien fuerte a lo que más me gustaba de la vida. Y si alguien me vuelve a decir que tengo piernas de bailarina le responderé que sí. ¿Y qué? Un día, incluso tuve cola de sirena.

Fin



La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

